

Carta al amigo Juan Carlos Ángel o el descubrimiento de un Julio Cortázar profesor*

*Jorge Emiro Pinzón Pinto***

Recibido: 25 de noviembre 2012

Aprobado: 30 de noviembre de 2012

Pinzón, J. E. (2012). Carta al amigo Juan Carlos Ángel o el descubrimiento de un Julio Cortázar profesor. *Activos*, 19, 201-209

JEL Z 00

Nota en 2013: este escrito lo redacté en 2002, a propósito de la lectura de la biografía de Julio Cortázar, con la única pretensión de llamar la atención acerca de la experiencia del escritor en el ámbito de la educación, pues suponía que muchos de sus lectores o al menos algunos de mis amigos, incluyéndome, ignorábamos los pormenores de esta faceta del cronopio mayor.

A manera de escrito recobrado, se me ocurre presentarlo para su publicación, tal vez porque leerlo hace once años o leerlo hoy da lo mismo, en la medida en que es un texto sin tiempo y no exige una lectura de urgencia; solo me mueve el pretexto de compartir con los lectores estas líneas.

El escrito presenta algunos comentarios acerca del libro de Mario Goloboff sobre la biografía de Julio Cortázar, quien en pocas páginas recrea la vivencia como profesor ejercida por el escritor argentino nacido en Bruselas y la influencia que esta experiencia docente tuvo en algunas de

* Artículo libre, no derivado de proyecto de investigación (tipo X).

** Docente de la Universidad Santo Tomás, Facultad de Contaduría Pública. Correo electrónico: jorgepinzon@usatotomas.edu.co

sus narraciones, además de mostrar las calidades intelectuales y humanas en el ejercicio de la docencia.

Bogotá, agosto de 2002

Apreciado amigo:

En recientes días tuve la oportunidad de detenerme en la lectura de un libro publicado por Seix Barral en 1998, cuyo autor es el escritor argentino Mario Goloboff y quien presenta una muy interesante biografía acerca de Julio Cortázar. Entenderá entonces usted la razón que me lleva a escribirle esta carta, cosa que por demás no hacía desde hace ya bastante tiempo, tal vez desde la ocasión aquella en que Lavoe desapareció, lo que me hizo suponer que usted, al igual que yo y muchos más de los viejos conocidos, no podría creer pues siempre pensamos que Héctor era el superhombre que respira debajo del agua, el pana que nunca desaparecería, la voz, siempre la voz, que nos hizo merodear las esquinas. Tanto tiempo.

Feliz encuentro con este libro, no solo porque nos puede servir como una referencia más para dialogar con los que a diario compartimos el trajín de la educación, sino para contar de nuevo el reencuentro con las permanentes pasiones como la de Cortázar, el eterno adolescente o el cronopio mayor como desde siempre lo conocimos; desde la primera lectura de *Los venenos* que hicimos recostados en el pasto del inmenso patio de todas las casas del barrio al que llamábamos potrero, fumando President, el cigarrillo de los estudiantes. Qué inmenso descubrimiento. Y claro, después vendrían los demás descubrimientos en un completo desorden, de lo que nos cayera en las manos. Tal vez siguieron *Los Premios, Historias de famas y de cronopios*, o los cuentos de *La noche boca arriba*, el desconcierto con la interminable *Rayuela* y la infinita admiración en nuestra incipiente condición de militancia política con *Libro de Manuel*. Y entender entonces que ya desde aquellos días de adolescencia queremos tanto a Julio.

El texto de Goloboff no solo me interesó por obvias razones literarias y biográficas, sino que además presentía que era la oportunidad del reencuentro con Cortázar a quien he abandonado desde hace tiempo, dadas mis “múltiples ocupaciones y urgencias lectoras” de este cotidiano trajín en el que se me ha convertido el ganarme la vida; presiento que a usted puede haberle pasado algo similar, pues como usted muy bien me lo dijo hace tanto: “en algo se debe ocupar la vida”.

De las notas biográficas de Cortázar la que más recuerdo y releo de cuando en cuando es la realizada por la Editorial Nueva Nicaragua, escrita con motivo de su fallecimiento en París en 1984. Galeano, Benedetti, Germán Vargas el de la cueva, Skármeta, Amado y Rulfo son solo algunos de los nombres que se pasean por allí recordando y queriendo tanto a Julio. Ahora, Goloboff me lo muestra íntegro realizando un gran esfuerzo por reconstruir su vida a partir de las narraciones de sus más cercanos. Importante trabajo me parece desde mi afectiva apreciación. Más reciente me he encontrado con un libro fascinante por lo meticuloso, escrito por la periodista argentina Mignon Domínguez, que se titula *Cartas desconocidas de Julio Cortázar* y publicado por Editorial Sudamericana en 1992.

De todo esto algo me llamó poderosamente la atención, a lo mejor porque nunca había reparado en este detalle, y es encontrarme con un Julio Florencio Cortázar (apuesto a que usted no sabía este dato de su segundo nombre) que ejercía de profesor de colegio y luego de universidad en sus años de primera juventud. Es aquí donde me surge la inquietud y el motivo de esta nota al imaginarme a Cortázar pensándose pedagogo, asumiéndose enseñante.

Cuenta Goloboff que Cortázar estudió en la Escuela Normal del Profesorado Mariano Acosta y obtuvo el título de Maestro Normal en 1932. Ahora, las razones para decidirse a estudiar para maestro no están claras en el texto; luego, no se puede alegar que existiera en Cortázar una profunda vocación o una influencia familiar directa o algo parecido. Tal vez me inclino por pensar en razones propias de la época en términos de ser

la docencia una profesión con un cierto reconocimiento social por esos tiempos en Argentina. En 1935 consiguió el título de Profesor Normal de Letras, teniendo como maestros, entre otros, a dos importantes intelectuales argentinos que, según palabras del propio Cortázar, fueron influencia determinante para el resto de su vida: el filósofo Vicente Fatone y el poeta Arturo Marasso. Influencia que tendrá que ver muy seguramente con su desempeño como docente, como intelectual y por sobre todo como excepcional ser humano. ¿Recuerda usted cómo fantaseábamos preparando la interminable entrevista con el cronopio mayor? De aquello solo me quedan unos viejos papeles, un casete que me grabó mi amigo Joaquín y un video con una extensa entrevista pocos años antes de su fallecimiento.

También cuenta el texto que a los veintitrés años de edad Cortázar comenzó a ejercer la docencia en algunos pueblos del interior de la Argentina y en 1939 fue nombrado profesor en Chivilcoy, una ciudad de la provincia de Buenos Aires, un lugar mucho más cerca a la gran ciudad, la puerta de entrada a la civilización, el prólogo de la ciudad soñada. Dice Goloboff:

[Cortázar] Había trabajado en Bolívar, entre mayo de 1937 y julio de 1939, y ahora, a punto casi de cumplir los 25 años de edad, pasaba a desempeñarse en la Escuela Normal Domingo Faustino Sarmiento de Chivilcoy con diecisés horas semanales. Historia, nueve horas. Geografía, cinco horas e Instrucción Cívica, dos horas (Resolución del Ministerio de Educación del 31/7/1939), según consta en el nombramiento del por entonces profesor Julio Florencio Cortázar. Paradojas de la vida: quien iba a ser uno de los escritores latinoamericanos más importantes del siglo, era encomendado a enseñar numerosas materias, menos la de literatura (1998, p. 39).

Lo que deja entrever el biógrafo en las pocas páginas que le dedica a este periodo de vida de docente, es que desde su formación como profesor con las influencias anotadas arriba, Cortázar asume su profesión no solo con gran responsabilidad académica, con esmero y altísima calidad en la preparación y realización de las actividades de enseñanza, con entusiasmo en su labor de formador de jóvenes, sino que además se compromete

a ligarla a la labor como intelectual generoso con sus estudiantes y con sus colegas, como lo expresan algunos testimonios en el libro. Son estos años de una gran producción intelectual y literaria, de allí saldrán sus primeros importantes relatos que configurarán a *Bestiario*, a *Final del juego* y a *Las Armas secretas*, además de publicar ensayos sobre la literatura europea en las principales revistas argentinas. Parece que Cortázar, estimado J.C., se ubicó mucho más del lado de lo que podríamos llamar las *pedagogías activas*, comprendiendo el sentido de la educación como acción transformadora y la labor de los educadores como los intelectuales comprometidos con la formación de seres humanos sensibles con lo humano, con la vida y con la cultura. Que recuerde, en las diferentes entrevistas que he podido leerle (y usted sabrá decir), no aparecen alusiones directas y muy específicas a la educación y mucho menos a una postura pedagógica, tal vez algún comentario a propósito del proceso sandinista con el cual estuvo tan comprometido.

Continúa diciendo el biógrafo:

De aquellos años de actividad pedagógica de Julio Cortázar se recuerdan su afición al trabajo y a la lectura, su deferencia para con los alumnos, la imagen desgarbada y levemente distraída, su afición al jazz, la inspiración de los primeros célebres relatos: “casa tomada” habríase anunciado en el umbral de la calle Necochea 144, mientras charlaba una tarde con su amiga, la profesora Yavícoli, según un testimonio de don Francisco Antonio Menta, un vecino de la época” (Goloboff, 1998, p. 42).

El texto da cuenta de su actividad docente y aun de la credibilidad que despertaba entre sus colegas y estudiantes, recurriendo a la narración testimonial que algunos de estos hacen, perfilando las imágenes de un Cortázar académico y con un profundo sentido de la transparencia y de la justicia, como lo indican las siguientes notas:

Daba sus cursos de lunes a miércoles; luego generalmente viajaba a la Capital y regresaba los domingos por la noche. Sin embargo, mantenía sus

cursos al día y una presencia suave y fuerte entre sus compañeros. Cuéntase que el grado de comunicación que mantenía con los jóvenes le permitió algunos privilegios: ‘recuerdo que en uno de los tantos actos del colegio, uno de mis compañeros le pego en la cara al profesor que estaba diciendo el discurso con un certero tiro de bandita elástica. Fue un mal momento. Se suspendió el acto y se ubicó el grupo de donde había salido el proyectil. Pero no identificaban al culpable. Fuimos llevados al aula. Se nos pedía por todas las formas que dijéramos quién había sido. Nadie respondía. Así entendíamos entonces la amistad del colegio. Agotados todos los medios, llegó Cortázar y explicó lo que era el compañerismo y qué era el respeto. Cuando terminó, el responsable se puso de pie. Sin duda, Cortázar era apreciado especialmente. Nunca tomó una medida disciplinaria, y eso que ahora, como profesora, veo que éramos el colmo. En sus clases, primero interrogaba y después explicaba la lección siguiente. Cuando sonaba el timbre del recreo, siempre uno de nosotros cerraba la puerta para continuar escuchándolo. Era exigente pero muy cordial’ [recuerda una estudiante de los cursos de Cortázar] (Goloboff, 1998, p. 59).

Otro testimonio dice que:

En el aula, sentados frente a él, al comienzo nos llamaba la atención su apariencia extrañamente de adolescente, su magna estatura, que daba la impresión en el momento de tomar asiento de que se plegaba en largos segmentos, sus grandes ojos sombreados por espesas cejas. Pero mucho más singular era la calidad de su personalidad inmediata, sencilla, modesta, no obstante la profundidad y la amplitud de los conocimientos que impartía (Goloboff, 1998, p. 60).

Tal vez lo que más me llame la atención de estos testimonios es pensar e intuir a un Julio Cortázar dotado de una visión pedagógica muy cercana a lo que hoy día se pretende desarrollar en muchos de los programas y proyectos educativos en las escuelas; una visión que pone el acento en la calidad de las interacciones con los otros, en la calidez humana, en la libertad y la autonomía, en una pedagogía que hace amigos para la vida. La verdad

ignoro, y el texto no hace alusión alguna a eso, si Cortázar tuviera las referencias de las experiencias pedagógicas alternativas europeas de la época. Me refiero por ejemplo a un Summerhill o a los planteamientos libertarios de las escuelas anarquistas italianas, tan en boga por aquel tiempo. Lo que sí dice el texto es que Cortázar en algún momento de debate con algunos otros intelectuales hace pública una defensa irrestricta al psicoanálisis, cosa que me hace sospechar en una cierta simpatía por estas corrientes de pensamiento filosófico y pedagógico. Creo, amigo mío, que indagar sobre este aspecto sería una muy buena tarea para hacer a dos manos, como tantas otras iniciadas y casi nunca terminadas. Esto porque estoy seguro de que tanto a usted como a mí nos resulta bastante atrayente indagar más sobre el Cortázar pedagogo, dados nuestros apasionamientos por el personaje y por ese incorregible interés por la educación, al fin y al cabo nos hemos ganado la mayor parte de nuestras vidas con el oficio.

Esto de los amigos para la vida lo muestra Goloboff en varias oportunidades, como en la siguiente nota:

“Aún después de haber partido definitivamente de Chivilcoy, continuó yendo de tanto en tanto a visitar amigos, y luego mantuvo contacto epistolar y hasta personal con algunos ex alumnos y camaradas de aquellos días” (1998, p. 61); aspecto que evidencia el libro de la periodista Domínguez, pues aparecen allí algunas cartas dirigidas particularmente a su colega y amada amiga, la profesora María de las Mercedes Arias.

Lo que resta decir aquí es acerca de la vinculación de Cortázar a la educación superior y tal vez su primer encuentro real con las ideas y las posiciones políticas, cosa que le traerá como consecuencia —que también intuyo— una especie de desencanto temprano por la profesión.

Hacia 1944-1945, últimos años de labor docente en Chivilcoy, Cortázar fue nombrado profesor de Literatura Inglesa y Francesa en la Universidad de Cuyo en Mendoza en medio de un ambiente de bastante agitación política y social. Son los años de confrontación ideológica entre peronistas

y antiperonistas. Dice el propio Cortázar, a propósito de su corta estadía en Cuyo, que: “En los años 44-45 participé en la lucha política contra el peronismo, y cuando Perón ganó las elecciones presidenciales, preferí renunciar a mis cátedras antes de verme obligado a sacarme el saco como les pasó a tantos colegas que optaron por seguir en sus puestos” (Goloboff, 1998, p. 72).

A parte de este testimonio y de generar una fuerte corriente de simpatía con sus estudiantes, dicho por alguno de ellos, no existe mayor referencia sobre su corta labor en Cuyo, sino solo la certeza del mantenimiento de su posición antiperonista.

A partir de esto, vino lo que generó en mí gran desconcierto, y muy posiblemente a usted le pueda también causar la misma impresión desde nuestra lógica del oficio, y es el hecho de que Cortázar haya decidido apartarse sin muchas razones aparentes de la profesión docente. Al respecto dice Goloboff, refiriéndose tal vez a 1947: “En cuanto a la docencia, sostiene que ya no quiere oír hablar de ella. Acaba de rechazar una oferta para ir a Estados Unidos a dictar cursos de literatura española con un salario de 5000 dólares anuales” (1998, p. 79).

Se podrá alegar aquí su condición decidida de escritor con grandes proyecciones; sin embargo, me resulta bien atrayente ahondar en este episodio y encontrar algunas razones que lo llevan a tomar tal distancia. Creo, amigo mío, que solicitar su ayuda al respecto es la razón de esta nota, y espero como siempre que estos juegos que nos proponemos de cuando en cuando reafirmen nuestra eterna complicidad por las cosas a veces inútiles, pero con el inmejorable sabor que deja lo placentero y por siempre apasionante.

Su amigo,

J. E.

P.D.: Aademás hay en el texto una alusión interesante sobre un Cortázar obsesivo por lo oral y por lo tanático, cosa que se va a reflejar, al parecer, de

manera clara en muchos de sus relatos: los conejitos vomitados en *Carta a una señorita en París*, y en *La noche boca arriba*. En fin, tema para una próxima comunicación.

Referencias

Goloboff, M. (1988). *Julio Cortázar: la biografía*. Buenos Aires: Editorial Casares.